

El Pez y la Flecha. Revista de Investigaciones Literarias,
Universidad Veracruzana,
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, ISSN: 2954-3843.
Vol. 6, núm. 14, enero-abril 2026, Sección Cardumen, pp. 213-216.
DOI: <https://doi.org/10.25009/pyfril.v6i14.258>

Miguel Ángel Hernández Acosta. (2024). *Revistas y autor marca: el caso de Alberto Salcedo Ramos*. 226 pp. ISBN: 978-607-30-9669-0. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Revistas y autor marca: el caso de Alberto Salcedo Ramos, de Miguel Ángel Hernández Acosta, forma parte de los valiosos proyectos que se desarrollaron durante las sesiones mensuales de El Seminario Permanente de Investigación sobre Revistas de América Latina (ESPIRAL), organizado por el Museo Universitario de Arte Contemporáneo, el Instituto de Investigaciones Filológicas y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, desde 2017. Como en el caso de otros volúmenes de estos *Cuadernos*, el libro de Hernández Acosta se nutrió de un amplio horizonte de lecturas y discusiones que articularon, como grupo, un entendimiento distinto sobre las posibilidades de estudio del objeto revista.

En *Revistas y autor marca: el caso de Alberto Salcedo Ramos*, el autor analiza el caso de Alberto Salcedo Ramos (n. 1963), su relación con la “idea crónica” y su colaboración con las revistas *SoHo* y *El Malpensante* a finales de los años noventa e inicios de los dos mil. Para Salcedo Ramos, la crónica fue la vertebradora de una historia sobre el periodismo en Colombia, enmarcada en los últimos años de la década de los sesenta e inicios de los setenta. En ese periodo, las carreras de periodismo se transformaron en carreras de comunicación, moldeando un perfil de profesionistas preparados para insertarse en el campo laboral de la producción audiovisual,



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 2.5 México.

publicitaria o de comunicación organizacional, pero con pocas herramientas para la escritura y carencias en la formación histórica. A ello, se sumó un cambio paulatino, durante las siguientes décadas, en el consumo de información, que fue privilegiando la inmediatez y el lenguaje sencillo.

La “idea crónica”, como Hernández designa al concepto que engloba al género periodístico crónica y sus particularidades, su modo de producción y su reconocimiento por parte del campo periodístico, literario y editorial, surgió entonces como una respuesta a ese momento de crisis de finales de los años 90, un decaimiento del género que para el periodista y estudioso Donaldo Alonso Donado se debía a “la ausencia de buenos narradores, el poco o nulo espacio que dedicaban los periódicos a dicho modo de escritura, las deficiencias en la educación periodística” (p. 21). Así, al analizar la figura de Alberto Salcedo Ramos, Hernández también hace una indagación sobre la transformación en las formas de narrar las historias cotidianas en el contexto colombiano, que bien podría pensarse para el caso de otros países de nuestro continente.

Si bien este estudio se ubica en los años noventa y la primera década del siglo XXI, responde a una problemática que se va desarrollando desde finales de la década de los sesenta e impacta en el lugar que tenía la crónica como género en disputa entre la literatura y el periodismo. El estudio rastrea los cambios en el estilo narrativo que Salcedo Ramos atravesó en tan solo unos años. Hernández Acosta identifica ese periodo de transformación entre 1999 y 2002. En ese lapso –destaca el autor–, el colombiano no sólo confeccionó un estilo pulido y ágil, sino también adquirió el capital necesario para, tiempo después, ser considerado uno de los cronistas más notables de América Latina.

Así, Hernández Acosta ofrece una lectura minuciosa de la trayectoria escritural de Salcedo Ramos, indagando no sólo en las crónicas que publicó en la revista *SoHo* y *El Malpensante*, sino en la extensión de cada una, las temáticas que abordaron, el tiempo que le tomó investigar y escribir los textos y cómo se fue dando la relación entre el cronista y sus editores. Así, luego de plantear el problema y las interrogantes metodológicas a las que se enfrentó, el

autor desarrolla su estudio en tres capítulos, que se concentran, por un lado, en el papel de la crónica dentro del contexto colombiano de finales del siglo xx e inicios del xxi, con un detallado estado de la cuestión sobre los estudios de la crónica, las antologías que reunieron crónica latinoamericana y las diversas formas de entender el género, incluyendo las variadas denominaciones que se le dieron, para llegar a una noción de “crónica contemporánea” como una “práctica cultural”. Ésta tiene un fondo y una forma:

consiste en una forma de escritura, aunada a un contexto social en donde el periodista asume la autoría y es importante en tanto tal, pues su punto de vista es el que otorga su particularidad al texto. Además, al igual que los escritores modernistas, el pago que recibe depende más de su renombre y de su estilo escritural que de un hecho noticioso que dé a conocer (Cit. por Hernández, p. 46).

Citando a Susana Rotker, el autor nos recuerda que esta forma de entender la crónica implicó “una postura ambigua, aunque en general *crítica* hacia el poder institucional y la burguesía, una forma de renarrativizar casi cotidianamente un orden real que se ha fragmentado, un estilo que mezcla recursos estilísticos para lograr la expresión de cada idea en imágenes, que cuida la forma y pesa las palabras” (p. 47).

En un segundo momento, Hernández Acosta se enfoca en la figura de Alberto Salcedo Ramos y su transformación de redactor en medios de Cartagena a su papel como figura pública y cronista especializado en Bogotá. En este apartado, el autor plantea la complejidad del proyecto de la revista *SoHo*, dirigida a caballeros, en la cual la crónica se imprimía página a página con fotografías de mujeres semidesnudas y desnudas, bajo un discurso erótico y provocador. Para el editor, Daniel Samper Ospina, la idea era integrar una unidad lógica en los distintos tipos de contenidos, configurando un “único temperamento editorial”, bajo la lógica de una revista cultural –o como espacio de sociabilidad intelectual, según Carlos Altamirano. Aunado a ello, el editor de *SoHo*, definió criterios para la crónica, que fueron determinantes para el auge del género en los

siguientes años: evitar interrupciones publicitarias o visuales en los artículos, optando por darles continuidad en el despliegue de la revista; incitar la “reportería vivencial” o la inmersión y tratar temas que despertaran la curiosidad del lector. Esta política de libertad y respeto, por decirlo de alguna manera, hacia la crónica permitió también su florecimiento creativo y comercial.

Un tercer momento en el estudio de Hernández Acosta se centra propiamente en las crónicas, a partir de la compilación *La eterna parranda. Crónicas 1997-2011*, publicada en 2011 –luego, en 2013 y 2015–, en la que se recapitulan 15 años de ejercicio escritural. A partir de ello, es posible entender cómo la figura de Samper Ospina se consagró como un autor-marca que, como el mismo Hernández señala, es el único de los cronistas latinoamericanos reconocidos que no ha publicado con una editorial transnacional y, sin embargo, ostenta esa categoría. De esta manera, el estudio de Hernández Acosta es también una disección de cómo, durante esos años, se configuró un perfil público de autor que redefinió los estilos escriturales de la crónica y la manera de proyectar la imagen del escritor en las décadas posteriores. ➤

Andrea García Rodríguez
Universidad Nacional Autónoma de México, México

ORCID: 0000-0003-4246-3321
andrea.gr@unam.mx